

DIOCLES, hispano**Equus Brunneis**

Yo, Cayo Apuleyo Diocles, puedo decir que he llenado mi vida de grandes satisfacciones, he amado intensamente y se me ha amado con desmesura. Quise a mi mujer y a mis hijos, y en no menor medida adoré a mis caballos. Esta apacible existencia en Praeneste¹ me ha hecho olvidar el rugido de las gentes; no echo de menos el dolor, el vértigo o el polvo de las pistas, pero sí la entrañable mirada de mis bestias siempre deseosas de mostrar su valía.

He construido un pequeño ninfeo en el jardín, bajo las parras vírgenes, entre los cipreses. El chorro de agua que fluye de la fuente me evoca otros tiempos, como si fuera la vida de otra persona. La paz de este lugar me serena la mente y me anima a recordar.

Ahora me acuerdo de aquel día que vi por vez primera el gran puente sobre el río Tagus². Acompañaba a mi padre desde nuestra ciudad, Lamecum³, cerca de otro gran río donde había nacido en el año de los cónsules Suburano y Marcelo. Mi padre dijo que el puente tenía la misma edad que yo y vi en esa coincidencia un buen augurio, pues su fábrica me dejó sin habla. Había una inscripción algo petulante que había escrito sin duda, su arquitecto: "*Pontem perpetui mansurum in saecula mundi*"⁴. Doy fe, porque llegué a conocerlo.

Al otro lado, reposamos un instante en el Templo que habían construido en una de sus márgenes donde tuve ocasión de colocar una candela entre Júpiter y Minerva. También reparé en una pequeña estatua de la diosa que me había acompañado desde niño y me ha prestado su protección toda mi vida. Salve y gloria a ti, Lacipea.

A mi padre le había encargado el centurión Rufo Merinio, intendente de la XIV Legio acuartelada en Asturicam, que resolviera el envío de doscientos caballos para el ejército. Debían ser más resistentes que los que se encuentran en las tierras del norte. Había oído hablar de los famosos caballos de Olisipo⁵ que, como escribieron los clásicos, sus yeguas eran fecundadas por el viento. Su potencia y velocidad eran condiciones muy apreciadas por la caballería, sobre todo para combatir a los bandidos, que en la Lusitania siempre han campado a sus anchas.

Mi padre, liberto oriundo de la antigua Mainake⁶, siempre procuró cultivarme en las letras y los negocios. Aprendí a leer y escribir en griego y latín y, alabado seas donde estés, me enseñó los secretos de las caballerías y los carros. De camino a Olisipo, coincidimos en la ciudad de Conimbriga⁷ con unos carreros que provenían del sur, de donde el río Anas⁸ entrega sus aguas al océano. Nos comentaron haber visto una raza de caballos de gran brío, velocidad y resistencia que pastaban en unas marismas cercanas. Sabían de algunas manadas de esta raza que habían emigrado por el curso del río arriba y se habían instalado en una zona de llanos de pastos generosos. Por lo visto, las legiones entre el Tagus y el Anas contrataban a cazadores y criadores que suministraban sus potros a la capital lusitana, Emérita Augusta⁹. Mi padre creyó recordar que por esos lares moraba su amigo Marcio. La corta distancia merecía la pena el intento.

Cambiamos el curso de nuestro camino y nos dirigimos al Tagus. Tras dejar atrás el gran puente circulamos por una calzada en mal estado, pero con poco tránsito. Abundaban los campos de cereales y pastos, donde se amorraban las ovejas.

Al llegar a Norba Cesarina¹⁰, nos dirigimos al sur en otra vía sin duda más transitada. Hicimos un alto en la mansio¹¹ por nombre ad Sorores, no sólo porque estábamos en la duodécima hora y se nos echaba la noche sino porque mi padre se impacientaba en encontrar el lugar descrito por los carreros vetones. La mansios estaban reservadas casi exclusivamente al alojamiento de oficiales del ejército y altos funcionarios, sin embargo mi padre llevaba consigo una tablilla sellada por el mismo legado del Emperador. Se nos facilitó una habitación y una cama en el establo para las bestias.

La tormenta se desató antes de la hora del gallicantus¹², por lo que decidimos aguardar al buen tiempo. En los días que holgamos en la mansio conversamos con los lugareños y, particularmente, con un publicanus¹³ que también se dirigía a Emérita a rendir cuentas al Pretor. Conocía perfectamente la comarca por su condición de recaudador de impuestos al ganado y el pastoreo. Nos indicó que las mejores manadas moraban en las laderas del monte que llamaban de la Culebra, no muy lejos, pero en una zona desviada de la vía principal. Partimos una fría mañana de sol que barruntaba más lluvias.

El Mons Tances¹⁴, un cerro alto taponado por negros nubarrones se nos aparecía en nuestro horizonte. Había densos encinares por doquier, donde los animales de caza pastaban sin inmutarse ante nuestro paso. Ciervos y jabalíes parecían vivir ajenos a cualquier amenaza. Divisamos una columna de humo y nos dirigimos a la aldea cercana. Unos lugareños, seguramente esclavos, estaban limpiando olivos y roturando el terreno a su alrededor. Otros, no muy lejos cuidaban de las vides y las higueras en una amplia zona rodeada por el río. Y por fin, los caballos. Manadas de animales de distinto pelaje pastando plácidamente en las praderas.

Una pequeña piedra miliar de granito desgastado nos informaba de la distancia a Emérita, además de recordar la adhesión de los pobladores de la región al emperador Trajano. Mi padre decidió, antes de continuar el camino y recorrer las treinta y cinco millas¹⁵, organizar mi alojamiento en la posada y asegurarse mi protección hasta su vuelta.

Conocía a un carrero con el que había coincidido en un largo viaje hasta Cesaraugusta¹⁶, acarreando mármol rojo de las canteras de las sierras de Segeda. Se trataba de Marcio Pinto, un antiguo esclavo de Cirene que había recorrido todo el imperio con su carro de cuatro mulas. Con la pequeña fortuna que había amasado, especialmente siseando, se había construido una modesta villa y una mutatio¹⁷ que regía junto a sus hijos cerca de la aldea.

Después de las saluciones efusivas y los tres días de resaca, mi padre partió hacia Emérita a lomos del caballo tordo y me dejó al cuidado del carro y del otro caballo, que cojeaba de una mano, con la intención de cambiarlo como si se tratara de un servicio de postas. Marcio me

ofreció posada para comer y dormir, pero aunque era buen amigo, no del todo idiota para cambiar la caballería sin esfuerzo. Los clientes más habituales eran los oficiales del servicio postal, pero ninguno se llevaría un caballo renqueante. Me puso a trabajar junto a sus hijos en todo tipo de tareas domésticas, pero en especial me reservó el cuidado de los establos y de las bestias.

Uno de los huéspedes que visitó la posada de Marcio en esos días fue el Curator Aquarum¹⁸ de la Lusitania. Había sido nombrado por el emperador Trajano años atrás y se había granjeado un gran prestigio pues había impulsado innumerables obras para la ciudad de Emérita Augusta, una ciudad en crecimiento que cada vez necesitaba más aporte de aguas. En cambio, el encargo que le ocupaba en esta ocasión era conseguir el suministro hidráulico para la ciudad de Norba Cesarina, al norte, y pensaba que debía explorar los manantiales de este lado del Mons Tances, los que mandan sus aguas al río Tagus.

Iba acompañado de antiguos legionarios, ahora desocupados, a los que se les había encomendado la labor de construir presas y acueductos por un estipendio adicional. También le acompañaba un nutrido grupo de esclavos para las tareas más pesadas y las más peligrosas. Antiguamente eran las ciudades las que costeaban las obras públicas, pero el nuevo emperador había decidido que el Imperio se debía hacer cargo, por lo que proliferaron por todas partes.

Con el permiso de Marcio, me uní a la cuadrilla, más por curiosidad que por ganarme unas monedas. Antes de llegar a la prima fax¹⁹ salimos en procesión el grupo de carros, caballos y esclavos a pie.

Aquella era una zona de suaves colinas e innumerables encinas. Los caminos se volvieron angostos; sorteamos enormes piedras, charcos de barro espeso y socavones producidos por los operarios que andaban arreglando los caminos. Me sorprendió la gran cantidad de fuentecillas que aparecían por todas las esquinas, como si hubiera una red de canales subterráneos y por aquí aflorase toda el agua de la montaña. Entendimos lo que pretendía el Curator, embalsar y canalizar todo el caudal hacia el río principal que los locales llamaban el Salor. Tras un recodo arbolado y una suave cuesta abajo observé un grupo de esclavos afanados en acarrear piedras de gran tamaño para el puente que se estaba levantando sobre el arroyo. Ya eran visibles los dos ojos, sólo faltaba la calzada de rodadura y el pretil.

El maestro de obras ya había completado otro puente, más largo, que libraba un vado peligroso del río Salor y había conseguido la confianza del funcionario para encargarle más proyectos de construcción. Era metódico y calculador, pero muy severo con los obreros, quizás despiadado. Continuamos unos pasos más y nos encontramos en una amplia explanada por la discurría el curso del riachuelo en suaves meandros. Al fondo, otro grupo de trabajadores estaban culminando una muralla de contención que serviría de presa cuando todo el embalse se llenara de agua. Tras esa pared, unos canalillos conducirían el agua para mover los molinos de harina ya instalados.

Un carpintero se afanaba en cepillar unas tablas destinadas para mover las piedras de molienda. No muy lejos una gran hoguera le servía al herrero para forjar las piezas que servirían como ejes y los postigos de desagüe. También observé que calentaba unas herraduras enormes, posiblemente para los bueyes de carga que pastaban tranquilamente en el fondo del barranco.

Entre las avutardas y cigüeñas, una manada de ciervos irrumpió en la corriente para abrevarse. Una de las crías era de color blanco, como la sagrada corza Diana, que acompañó a Quinto Sertorio y a la que pedía consejo. Como si se tratase de un augurio pensé en acercarme y preguntarle sobre mi destino, pero un escalofrío me retuvo; pura superstición.

Un jabalí excitado salió de entre las jaras y espantó a todo el ganado. Gruñía y bufaba, sin detenerse un momento giró sobre sí mismo y volvió a las retamas como había llegado.

Aprendí, durante los tres días que asistimos a las obras del puente y de la presa, las técnicas para trazar caminos. Un agrimensor determinaba el trazado y señalaba con unos postes dónde se colocarían los señaleros. El objetivo, trazar el máximo de líneas rectas siempre que la pendiente lo permitiera. Así se encendían pequeñas hogueras a las que echaban ramas verdes. El humo servía de referencia para largar una cuerda y marcar los bordes de la vereda. Después se abría una zanja para llenarla de piedras grandes, luego más pequeñas y por fin gravilla, que una vez apisonada con carros de rodillos dejaba expedita la vía para carros y caballerías.

En un momento de descanso observé un grupo de yeguas pastando no muy lejos. Una de ellas, morcilla, casi negra, me miraba fijamente. Me acerqué despacio, mirando al suelo y enseñando la palma de la mano. La yegua ni se inmutó, pero cuando apenas me faltaban unos pasos, salió al galope tendido y todas las demás la siguieron brincando y coceando. Me fascinó ese breve encuentro.

Me inquietaba la tardanza de mi padre. No había dicho cuánto tardaría en sus negocios, pero se me antojaba que ya había pasado demasiado tiempo. Confiaba en él, sabía cuidarse; además contaba con el mandato del Legado y seguramente se encontraba completando la tarea. Lo cierto es que nunca más volví a verle.

Por aquel entonces lo que me rondaba la cabeza era la yegua negra. Supe por Marcio que esa manada no tenía dueño. Posiblemente se tratara de los descendientes de algunos caballos huidos de alguna hacienda o de alguna unidad del ejército, o quizás los que comentaron los carreros del camino. Me propuse capturarla y domarla.

No me fue fácil dar con ellos otra vez. Anduve por todos los alrededores, e incluso me topé con otros caballos de menor porte. Finalmente les vi pastando en las laderas de la sierra, ente las jaras, junto a una gran charca que posiblemente se secase en el verano.

Me aproximé despacio, dejando el aire atrás y con unos higos en la mano. Eran cinco las yeguas, unos animales majestuosos, de una belleza enorme, y sobre todo transmitían

tranquilidad. Apareció un macho detrás de una encina, pero no pareció inmutarse, bajó la cabeza y siguió pastando. La yegua oscura me miraba, igual que el primer día que la vi.

Aun con la cabeza erguida y con el cuerpo bien compacto, se veía su perfil convexo, el tronco muy fuerte y el cuello y los trancos traseros poderosos.

Las otras yeguas eran todas tordas, lo que confería a la dominante un aspecto más majestuoso. El caballo tenía un pelo corto, suave y brillante y de un tono bayo claro con crines negras, que no había visto antes.

Esta vez me dejó acercarme hasta ella. Le ofrecí mis golosinas y mi devoción. Supe que había creado un vínculo con un animal excepcional. Le coloqué una jáquima de cuerdas suavemente y la atraje hacia el camino. No protestó en ningún momento, los demás nos siguieron a corta distancia trotando distraídamente. El semental pareció más reacio al cambio, aunque finalmente se avino en paz.

Había preparado una amplia choza con maderos y retamas rodeada por un cercado de estacas. En el centro del recinto un gran zonche de agua serviría de abrevadero a las bestias. En uno de los lados del lugar una fila de encinas proporcionaba un gran trecho de sombra y les serviría de resguardo en caso de lluvia.

Decidí montarla. Esperé a la prima vigilia una noche de luna llena. Buscaba centrar toda su atención, pero sin tentar a los peligros de las alimañas nocturnas. La llevé dentro del gran charco de agua y cuando le cubría por los costados, me tiré arriba. Primero de barriga, luego pasé la pierna para después buscar asiento. No se inmutó.

Quise que empezara a andar, nada. Mientras me preguntaba si esa yegua habría sido montada alguna vez, apliqué con fuerza los talones con intención de moverla hacia adelante. Vi como las orejas se enfilaban hacia atrás y sentí que un titán tiraba de mí desde el cielo porque volé unos cuantos pasos para caer de espaldas al agua. La yegua seguía en su sitio. Pareciera que sonreía.

La observé con detenimiento. Tenía la grupa redondeada y la cola muy baja; la frente ancha y las orejas muy finas. Una lechuza que observaba desde un tronco seco me pareció decir: "Vuelve a intentarlo".

Finalmente permitió que estuviera en sus lomos. Como si hubiera terminado sus juegos salió su nobleza andando fuera del agua con gallardía. Me sorprendió la fuerza y el ritmo de su paso, alto y amplio. Y lo mejor, el galope.

También comprobé que estaba bien dotada para el salto, aunque lo más sorprendente era su temperamento equilibrado, siempre en calma.

Pude comprobarlo a lo largo de mi vida, los caballos lusitanos pueden desarrollar una enorme potencia a la vez que transmiten la paz necesaria para convivir con otros animales con mucha facilidad y crean una relación de amistad y confianza con sus cuidadores y jinetes. El invierno se nos vino encima. Empezó a nevar.

Con la calendas²⁰ de marzo llegaron las noticias; un carrero que transportaba mármol gris a las villas de Turgallium²¹ y Metellinum²² me informó sobre mi padre. Al parecer el Legatus Pro Praetor²³ de la Lusitania le había comisionado para recoger una partida de caballos desde Hispalis²⁴, al sur. Debió dirigirse hacia allí, pero no volvió.

El Legatus había enviado emisarios para conocer su paradero y el estado de su encargo. Según el emisario se comentaba de una reyerta junto a unas tabernas en las orillas del río Betis²⁵ a donde habían acabado algunos; posiblemente mi padre, uno de ellos. Oré por su alma.

Llegados los idus de marzo, le pedí permiso a Marcio para ir en busca de mi padre o saber de él. No puso objeción, pero me pidió que antes acompañara a una partida de caza a la sierra. La primavera se acercaba y yo conocía bien los parajes donde solían abrevar los ciervos. Monté sobre la yegua negra.

Fue una mañana apacible, fría pero sin viento. Los arqueros se cobraron sus presas con cierta comodidad. El carrero que se encargaba de la intendencia cargó la carne y nos regaló la mañana con unos panes, tocino fresco y un puñado de aceitunas.

Llegada a hora sexta, montamos para volver a la aldea, despedimos al intendente y discutimos sobre el sendero que debíamos seguir para volver al camino. Y sin esperarlo, la tragedia. Un jabalí furioso, ensartado en un costado sangrante, salió de los matorrales en estampida. Uno de los cazadores cayó del caballo; cuando se levantó del suelo algo aturdido, el verraco se lanzó con violencia clavándole los colmillos desgarrando parte de la pierna. Se volvió hacia mi montura y atacó, apenas pude esquivarlo. Golpeó en la mano derecha de la yegua que, espantada saltó hacia un lado. No pude mantener el asiento y volé hacia una encina. Debí golpearme fuerte, porque no recuerdo nada más.

Desperté en mi lecho, con una venda en la cabeza y dolorido en todos los huesos. Aunque magullado pude ponerme en pie y sentí punzadas en todos los rincones de las piernas, hasta las caderas. Supe que el cazador había muerto por la dentellada y la yegua acabó con una pata seriamente dañada.

No la habían matado, esperando que yo tomara esa decisión. Cuando la vi de cerca noté su mirada de súplica; pensé, es casi una persona pues el hombre es el único animal que sabe que va a morir y esa yegua estaba segura. Por eso adoramos a nuestros dioses, para que nos cuiden en este mundo y en el siguiente. Quizás fue uno de esos dioses quien detuvo mi daga. Me habían colocado una moneda de cobre bien apretada con un pañuelo a la cabeza y una pulsera del mismo metal en la muñeca para reducir los dolores musculares. Durante semanas me di friegas de vino con romero en las piernas y en los brazos. Para las heridas pequeñas, uno de los hijos de Marcio preparó un ungüento con cal y aceite de oliva. Para las más grandes, ceniza morena.

Cuando llegó el verano ya me sentía restablecido, pero por algún motivo no podía montar; me producía tanto daño en la parte interior de los muslos, que desistí. Aprendí el tiro de caballos con los carros.

Marcio necesitaba algunas mercancías de Emérita, sobre todo vasijas de arcilla para envasar vinos y aceite que guardaba en toneles y tanques de cobre. De modo que me dirigí a la capital dejando atrás a la yegua coja pastando junto al río. El vínculo con el jinete ya estaba hecho, confiaba en poder montarla otra vez. Al menos sería una buena hembra de cría; sólo tenía que encontrar un buen semental.

Camino de la capital, antes de llegar a la última cuesta me detuve en una pequeña caupona²⁶ junto a la calzada. No había viajeros pero sí un grupo de holgazanes bebiendo mulsum²⁷ en grandes jarras, quizás demasiado cargado de vino, y comiendo un asado sin mucho decoro. Le pedí al Caupo algo para almorzar y me alejé para evitar problemas; aquellos tipos pedían a gritos una gran pelea para pasar el rato.

La vista de Emérita Augusta desde la colina deja a cualquiera sin aliento. En mi vida vi grandes urbes, y sin duda como Roma no hay igual, pero esa imagen de calles amplias y bien pavimentadas, casas majestuosas con pórticos en los andenes, templos sublimes y, a lo lejos, el teatro no podré olvidar nunca. El gran río Anas parecía abrazarse a la ciudad con un puente largo, como si fuera un arco y su flecha. En realidad eran dos puentes que confluían en la mejana rebosante de patos, protegida por un enorme tajamar.

A los pies de un enorme Capitolio se divisaba a distancia el foro, entre las dos grandes calles, la decumanus como continuación del gran puente y el cardo maximus, a la que me yo dirigía, totalmente embelesado.

Antes de cruzar la puerta de la ciudad observé un miliario cubierto de flores y unas pequeñas ofrendas que seguramente invocaban a la protección de los dioses para los viajeros. Fue la primera vez que vi ese monumento espontáneo, desde entonces adopté la costumbre de depositar en ellos mi plegaria de fortuna y protección.

Era la colonia del legado Publio Carisio, fundada por los que habían luchado en el norte, se habían jubilado con honores y construido una bella ciudad para mayor honra de toda Roma. Las casas eran espaciosas, la luz rebosaba por todos sus edificios. Tuve que sortear a muchos paisanos que deambulaban por las abarrotadas calles acarreando pequeños bultos o en simple charla.

Había elegido un día nefasto. Seguramente alguna celebración religiosa o una asamblea popular que congregaba una multitud en las calles cercanas al foro.

Cuando llegué al arco del Emperador Trajano, que marcaba la entrada al mercado aquel día sin puestos, pregunté por Lucio Maralio, el procurador de la recaudación quien trataba sus negocios con mi casero Marcio. Un esclavo anciano, con un fuerte acento griego, me dirigió por una de las calles menos concurridas hasta llegar a una amplia hacienda de la que destacaban

unos árboles enormes asomando por el patio. Entre los naranjos se encontraban charlando el dueño de la casa con un célebre escultor, Gaius Aulus Fius al que conocí meses más tarde cuando le ayudé a emplazar sus estatuas en el edificio del foro municipal, el mummarius²⁸ Lucio Gatuso y el margaritarius²⁹.

Presenté la tablilla que me había entregado Marcio y fui conminado a esperar, de pie, bajo un almendro. Si se es pobre, mejor ser paciente.

Apareció el arquitecto Gayo Julio Lacer, célebre por su divino arte, junto con un grupo de esclavos conversando sobre los cultivos de cerezas y aceitunas, y muy preocupado por la producción de su granja de coccum³⁰. No caí en ese momento que el personaje era el constructor de aquel puente sobre el río Tagus que tanto me asombró. No tardó mucho en recordarlo él mismo.

Tras saludarme con frialdad, me refirió el negocio que se traían entre manos para el que necesitaban un grupo de carreros, expertos, jóvenes y diligentes. Era necesario transportar una mercancía a la ciudad de Mellaria y volver por la vía de Hispalis con productos de aquella zona a tiempo de poder enviarla a Tarraco³¹. Desde allí, un barco mercante a Roma completaría la misión. El peligro consistía en sortear los bandidos que poblaban los caminos, algunos todavía en construcción, lo que obligaba a ingeniar rutas alternativas.

Una vez concluido el trabajo recibiría las vasijas de terra sigilata³² para llevarlas donde Marcio. En una gran explanada había no menos de cincuenta carros, con los tiros de caballos preparados y una miríada de portadores cargando las mercancías. En los primeros, cestos enormes de cerezas, fardos de lana y paquetes que contenían conchyllium³³, el tinte para colorar las túnicas de color púrpura. En mi carro habían dispuesto unos canastos llenos de herba vettonica, el antídoto contra el veneno de las víboras, que eran muy frecuentes en el sur. Tuve suerte, mi carga no pesaba tanto. En cambio, otros transportaban bloques de diorita para las calzadas, granito y el mármol gris de la sierra de Carija.

También había vasijas de cerámica, algunas llenas con vino, bellotas e higos y, muchas, vacías para traer aceite y el apestoso garum³⁴ en el camino de vuelta. Aún vacías, apestaban a pescado podrido.

Junto con la carga, nos acompañaban Annius Ponius y Parthenos, unos afamados pintores, junto con un grupo de musivarios³⁵ y canteros. Entre el grupo de judíos había unos expertos en el soplado del vidrio. Se dijera que querían construir una nueva ciudad.

No íbamos desarmados. Un grupo de lanceros a caballo protegía la comitiva como disuasión ante los posibles asaltantes. “De todos modos”, me dijo uno de los carreros más ancianos, “si los bandidos nos acometen, que los dioses nos protejan”.

Antes de partir visitamos el thermopolium³⁶ que se encontraba junto al río para aprovisionarnos de alimentos listos para comer, servirían para ahorrar tiempo en la primera jornada. Entré en una habitación angosta partida en dos por un mostrador de granito que separaba los

dependientes de los clientes y decorada en todas sus paredes de dibujos con gladiadores y carreras de carros. Empotradas en el mostrador y en las paredes traseras unas dolia³⁷ humeaban en una mezcla indescriptible de olores.

Nos encomendamos a Júpiter, como dios del cielo y de las tormentas, y a Juno, su esposa y protectora. Fue un viaje afortunado. Llegamos a la preciosa Mellaria, situada en un cerro que se diría artificialmente elevado para colocar la ciudad como una mesa sobre el llano. Se encontraba en el camino de Emérita a Corduba³⁸, en una región que llamaban la Beturia Túrdula. Vaciamos gran parte de los carros y cargamos cajas de madera que contenían paneles con miel y cera. También cargaron lingotes de cobre, plomo, plata y hierro, que hicieron estremecer los ejes de los carros. El viaje nos llevó hasta Corduba y finalmente hasta Hispalis. En el viaje de vuelta transporté esclavos, capturados en África, aunque no todos eran de piel negra. No cabían en el carro, así a los más jóvenes y fuertes les hicimos andar. Tampoco en este trayecto tuvimos sobresaltos, salvo un trifulca entre los soldados que acabó con uno de ellos atravesado por una falcata³⁹, al parecer había hecho trampas en los dados después de abusar del vino en lugar de beber mulsum. Quizás hubiera merecido todo un funus romanum⁴⁰, con los ritos apropiados a la muerte y un homenaje por sus servicios a Roma. Pero su crimen fue considerado como deshonor y había cierta prisa por volver. Lo abandonaron en unos matorrales, sin enterrar. Alguna alimaña lo agradecería.

Julio Lacer fue generoso. Sin duda había obtenido unos pingües beneficios con el transporte y quizás había ganado la confianza de algún alto magistrado de Emérita y de Hispalis. Además del salario acordado, nos ofreció un obsequio a todos los carreros libres. Yo recibí un caballo semental.

Antes de pensar en retornar a la mutatio de Marcio, visité con el arquitecto las obras de reparación del acueducto que traía el agua desde el embalse de Proserpina, que se encontraba a cuatro millas de la ciudad. El trasiego de agua se había interrumpido porque algunos bloques sobre la arquería se habían deshecho y el conjunto amenazaba con caer.

Lacer había instalado un enorme andamio de maderas y cañas, además de un imponente polyspastos⁴¹, movido por cuatro esclavos en una rueda de madera, para elevar nuevos bloques hasta la parte más alta y sanear la conducción del agua. Recorrimos todo el trayecto de vuelta hasta Emérita, donde se estaban terminando las obras del castellum aquae⁴². Era el punto más alto de la ciudad y Lacer decidió construir allí un monumento como llamada a las ninfas del agua; un final acorde a su obra. Sin duda, no he conocido mente tan privilegiada, pero la modestia no era una de sus virtudes.

Volví donde Marcio con mi nuevo caballo, una pequeña suma de sestercios y el encargo completado.

No estuve mucho tiempo, lo justo para colocar los caballos en una pradera con agua y suficiente forraje. Le pagué a Marcio por anticipado por cuidar de ellos y vigilar especialmente sus cascos. Volví a Emérita donde me aguardaba Lacer con otra tarea.

El Curator Viarum le había encargado un cálculo más preciso de las distancias entre la Capital y las urbes más alejadas, Asturica en un extremo e Hispalis en el otro. Para ello habían contactado con un esclavo griego que se ocupaba de la educación de los hijos del mismísimo procurador para la recaudación de la vicésima hereditatum⁴³ para la Bética y Lusitania. Tenía conocimientos matemáticos y los planos para construir un hodómetro.

Adaptamos un carro pesado, tirado por bueyes, instalando una cuba con un agujero en el fondo y una palanca que soltaba un canto rodado a cada milla. Las ruedas medían cuatro pies, con una circunferencia de doce y medio. Cuando daba cuatrocientas vueltas había recorrido una milla exactamente y el guijarro nos permitía marcar el sitio con un mojón. Después, se decidía dónde colocar los miliarios para informar a los viajeros. El día que jalonamos el trayecto de Emérita a Norba Cesárea conocí a Demetrios, agitator⁴⁴. Me cambió la vida.

Demetrios alcanzó la fama como conductor de cuadrigas en el circo de Emérita Augusta. Había participado, ya de liberto, en distintos lugares del imperio, desde Judea a Cartago. Sintió afecto por mí, quizás por nuestros antepasados comunes, o bien porque atisbó algo en mí, en la forma de manejar los carros y los caballos que le despertó su interés. “Voy a convertirte en el mejor agitador de todos los tiempos”. Y así fue, que las diosas Lacipea y Ataecina me perdonen la soberbia.

Según reza nuestra leyenda, lo primero que organizó Rómulo tras fundar Roma fue una carrera de caballos. Fue su estrategia para distraer a los sabinos y así poder raptar a sus mujeres. Yo vi en el circo una vía para desarrollar mi pasión por los caballos y buscar una forma de ganarme la vida.

No había estado antes en el anfiteatro. Lo cierto es que las esculturas del Mitreo y de Marte, junto con los gladiadores de piedra, me sobrecogieron. Oía a sudor y sangre, a polvo y estiércol. Demetrio me llevó a los espectáculos para sentir el furor circensis, la rivalidad entre las facciones del público, la competición y lo más importante, el dominio de las emociones propias. Las masas no piensan más que con las vísceras, se vuelven locas, pero el que arriesga su vida por una apuesta o por un simple juego debe mantener la templanza. Vi cómo el famoso retiarius⁴⁵ Casio Victorio murió atravesado por una lanza cuando creía haber ganado el combate y ya saludaba a la grada en señal de victoria. Y observé cómo reaccionaron los miles de fanáticos desde las gradas. Lo tuve presente toda mi vida, el espectáculo es lo importante, pero no te olvides de ti mismo.

Demetrius me enseñó los secretos de las carreras. Aprendí a leer las curvas, mirando siempre al final de las mismas, el barro y la tierra suelta para aumentar la velocidad y derrapar de forma

controlada y lo más importante de todo, entender a mis adversarios. La soberbia y la vanidad son motores formidables, pero también suponen lastres cuando hay tantas cosas que controlar. Comencé con el tiro de tres caballos, que alternaba con la biga y, a veces, el simple para controlar las riendas y las sensaciones de las ruedas. Había algo en mí, innato, que me ayudó a moverme en la plataforma para compensar los pesos y buscar siempre el equilibrio, tanto en las curvas como en los adelantamientos.

No solía mirar hacia atrás, estaba más atento al reto siguiente que lo que tramaban mis rivales; pero nunca perdí de vista el euripus⁴⁶, la auténtica referencia de la pista que, con los años, fue ganando en altura y en decoración. Los organizadores de las carreras pensaron que sería más emocionante ocultar lo que ocurría detrás del muro y ver aparecer a los carros supervivientes por los postes. Controlaba mentalmente la caída de los "delfines y los huevos" que marcaban el número de vueltas de modo que sabía cuándo había que esperar, mantener el ritmo o forzar los caballos para dar el máximo de velocidad.

Aprendí sus tretas. Cuando las carreras se complicaban por las malas artes de los contrincantes o simplemente por el azar. Supe cómo elegir y colocar el tiro de caballos, los rápidos por el exterior, el templado al centro y el fuerte por el interior. También supe elegir mis caballos, sin duda la Fortuna guio mis selecciones. Al principio fue Demetrio el que me proporcionó los animales de su propia cuadra o de amigos de su confianza. Después mi yegua negra y el semental de Julio Lacer me dieron potros excepcionales.

Mis mejores caballos, Cotino, Gálate, y Abigeio fueron criados en el Mons Tances. Cuando ya vivía en Roma, la yegua vino conmigo y todavía me deparó dos caballos especiales, Lúcido y Pompeyano. Recordaba más fácilmente sus nombres que los de mis hijos, quizás porque éstos vivirán toda su vida regalada y aun así sus hijos y nietos por lo que me dieron mis animales.

Siempre me encomendé a la diosa Fortuna, tan veleidosa como cualquier mujer, y tan caprichosa como la matrona más aburrída. Su doble condición de hija y madre de Júpiter le confería ese halo de protección y a la vez de riesgo a lo desconocido, a la improvisación, que tanto me otorgó a lo largo de estos años.

Fuimos muchos los agitadores que sentíamos devoción por la Diosa, todos necesitados de suerte y protección ante los peligros. Además, yo conté con la ayuda adicional de las diosas de mis padres.

Siempre que competí sabía que la prueba era jugarse la vida. Muchos compañeros y contrincantes murieron pronto. La velocidad que se alcanza, la fiereza de la competición y el poco peso del carro terminaban fácilmente en naufragium⁴⁷. La coraza de cuero, los vendajes de brazos y el casco no servían como protección suficiente, ya que teníamos enrolladas las riendas alrededor del torso, y bien podíamos acabar arrastrados por los caballos alocados o descuartizados entre hierros y maderos. Demetrius había regalado su pequeño cuchillo que le había salvado de más de un trance. La clave fue mantener la serenidad cuando las cosas se

ponían feas. Cortar las riendas a tiempo salvaría la vida. Aun así, había que ser rápido de piernas y brazos para quitarse de en medio y no ser arrollado por los que venían detrás. Y todo ello alejándose del fragor de las gradas, ensordecedoras, rugientes, sin piedad.

Me enfrenté a los grandes, Paulus y Marcianus, que levantaban verdaderas pasiones entre sus seguidores y de los que aprendí. El más competitivo era Narcissus, solía desplazar sus caballos para entorpecer a los que trataban de adelantarlo y no dudaba en soltar el látigo contra tus propios caballos para espantarlos. En una de mis primeras carreras pude presenciar el accidente que se llevó a Sabinianus por delante, destrozado entre los correajes y su cuadriga partida en pedazos. Fue arrastrado más de cien pasos hasta que detuvieron a sus caballos. La gente todavía comentaba la leyenda de Scopus, que murió con veintisiete años en una colisión tras haber ganado dos mil carreras. Pero mis rivales más enconados fueron Fortunato, el latino que se había convertido en el héroe local, y el rubio Thalo, un temerario. Con ellos me enfrenté en numerosas ocasiones a lo largo de mi vida, en el Circo de Nerón.

Aun siendo adolescente, batí a Fortunato en una carrera de cuatro caballos. Fue como tocar las puertas del Elíseo. Durante la carrera sólo veía las crines de los caballos y los huecos en la pista para adelantar o trazar las curvas. Cuando crucé la meta y el maestro de los juegos mencionó mi nombre la muchedumbre comenzó a repetirlo hasta el punto que dentro de mí se encendió una emoción indescriptible. Me propuse ser el mejor.

Al día siguiente visité el templo de Diana, donde se honraba al Emperador, y coloqué unos exvotos bajo el símbolo máspreciado de las legiones, su águila. Oré a la diosa Fortuna, me encomendé a Lacipea, que me había acompañado toda mi vida y pedí protección a todos los dioses, vigilantes por de mi salud, pero también para mantener mi alma honrada y sin vanidad en la competición.

Gané algunas carreras en el foro emeritense con tiros de hasta cuatro caballos, pero me fascinaba la idea de dominar carros superiores. Demetrius me enseñó cómo dominar la siga, esa espectacular alegoría del águila romana, de alas extendidas lista para posarse sobre su presa y con las garras bien asidas al eje del carro. Todo buen agitator debía demostrar su habilidad y por ello también me entrené en carrozas de siete caballos, ocho y hasta diez caballos; cuando más caballos menos práctico, pero el espectáculo lo pagaba todo. Cuando mi maestro me bendijo, decidí viajar a Roma.

Volví al Mons Tances y pude recompensar a Marcio con creces por sus atenciones. Recobré mis caballos y me despedí para siempre de mi tierra. Había pensado viajar por el camino de la desembocadura del río Anas⁴⁸ y fletar un barco para llegar a Roma en pocas semanas.

Antes de emprender el largo viaje, Fortunato me retó a una carrera singular. El Legatus Augusti, Arruntius Celer, pensó que se podría adornar el reto con otros juegos en el Anfiteatro y en el hipódromo. Decidió sufragar una carrera en pompa, la que sería la primera de la jornada y la

mejor pagada. Pero relegó nuestra apuesta a la última carrera del programa que, por seguro, sería la de mayor prestigio, de la que se hablaría por mucho tiempo.

Fortunato ganó la primera carrera con su tiro de dos caballos. En las siguientes carreras había tres carros por equipo, salvo yo, que corría por mi cuenta. Sospeché desde el principio que estarían conjurados para lanzarme contra la spina, de modo que no quise entrar en trifulcas. Sin embargo, en la carrera de cuadrigas vencí yo, más por fortuna que por pericia; los que iban en cabeza se enzarzaron en una lucha suicida hasta que los carros se trabaron y saltaron por los aires. Sólo tuve que esquivarlos y llegar en solitario a la meta.

Y llegó el gran reto. Las gradas se habían abarrotado e incluso se hablaba de gente que se había desplazado desde toda la Lusitania, incluso desde la misma Hispalis, a la que había llegado la noticia del duelo. Como carrera singular se había decidido usar la siga, por lo que tuve que pedir ayuda a Demetrio quien me cedió algunos de sus caballos, ya que los míos habían competido y ganado.

En lugar de las cinco vueltas reglamentarias se decidió celebrar la carrera con siete en homenaje a los clásicos de esta práctica circense. Todo por contentar a la plebe.

El juego limpio debe imperar, así me lo enseñó Demetrio y así me educó mi padre. Fortunato incumplió una norma del hipódromo, la que impide presentar un caballo a competición si antes ha ganado una de las carreras; todos los caballos deben tener su oportunidad. Pero no reclamé. En cambio, decidí ceder el inicio, dándole una ventaja. Cuando el Legatus soltó el mappa⁴⁹ y se abrieron las puertas de las carceres⁵⁰, esperé un instante antes de atizar a mis caballos. Enseguida percibí las intenciones de mi adversario, puesto que se había movido, agresivo, lateralmente. Habríamos impactado. Durante las tres primeras vueltas mantuvo su distancia sin cometer errores, pero muy pendiente de mis maniobras, nervioso. Me fijé que siempre que afrontaba las curvas se giraba para ver mi posición. En el último giro, atusé a mis caballos para conseguir ponerme a su lado, por el exterior. Al girarse se asombró tanto que empezó a agitar descuidadamente sus caballos. En un tiro de seis la precisión debe ser máxima, puesto que el margen de error descompensa todo el conjunto y se pierde impulso. Pasé la meta por delante con holgura, y la gente se volvió loca en gritos.

Aunque ya había finalizado, alguien denunció a Fortunato ante el Legado por su infracción. Éste decidió que al ganador se le compensara con lo que quisiera. Yo le pedí el exvoto de la diosa Némesis que colgaba en su cuello, sin duda su talismán y máspreciado que cualquiera de sus caballos. Fortunato no tuvo opción y me entregó el trozo de cuerno de jabalí tallado musitando algo que no pude entender. Le prometí que si en otra ocasión me derrotaba en carrera singular, se lo devolvería.

Obtuve una buena bolsa, gané el prestigio que necesitaba para presentarme en la eterna Roma, y me gané un enemigo para siempre. El exvoto sigue sobre el clavo de la pared donde lo coloqué.

Cuando llegué a Roma, en la época del emperador Adriano, me alojé en una modesta casa de campo donde pude criar a mis caballos lusitanos y hasta construir una herrería donde poner a punto mis carros y elegir con cuidado las herraduras. Me estrené en el gran Circo de Nerón siendo cónsules Acilio Aviola y Cornelio Pansa. Acababa de cumplir los dieciocho años.

Aunque no había reparado en ello, me embargó una obsesión cuando frecuenté la arena romana; necesitaba encontrar esposa. Sentía la protección de Lacipea en mis hombros, pero morir en plena juventud antes de poder contraer nupcias, se consideraba doble desgracia. No me dejaba dormir. Fue así cómo conocí a Nimfidia, mi amor. Nacieron mis hijos Cayo y Nimfidia, pero de ellos escribiré en otra ocasión.

Obtuve mi primera victoria durante el consulado de Manio Acilio Glabrión y Cayo Belicio Torcuato, dos años más tarde. Roma no era lo mismo que correr en las provincias. Aquí se congregaban los mejores del mundo, las masas son más fervorosas, los premios más suculentos y los accidentes, igual de graves. Siempre corrí para la facción russata⁵¹ y tuve que labrarme un nuevo prestigio puesto que, a pesar de mis triunfos en Emérita, en Roma solo cuenta lo que pasa en la Urbe.

Los romanos, no sólo disfrutaban contemplando las carreras sino apostando por sus aurigas preferidos y, muchas veces, acababan peleándose en las gradas del hipódromo. Debe ser una consecuencia de la Pax Romana, había que fijar un enemigo, un diferente. Los asientos eran gratuitos para los pobres, los ricos podían pagarse las mejores localidades, las de sombra y con mejores vistas.

No conocí al emperador Adriano, pero sí a su sucesor, el emperador Antonino. Su palacio no estaba alejado del hipódromo y a menudo también venía a presenciar los juegos. Podía ser una de las pocas oportunidades que tenía el pueblo para ver a nuestro líder. Dicen que Julio César sólo iba por eso y se llevaba porque no parecía estar muy interesado, puesto que normalmente se llevaba algo para leer.

Vencí en carreras saliendo deliberadamente en última posición y remontando, todo por el espectáculo. Me convertí en un héroe, llegando a superar todas las marcas de los anteriores aurigas, como ganar dos veces en el mismo día en el Circo Máximo, ante más de doscientas mil enfervorecidas gargantas.

Derroté a todos los campeones que presentaron las otras facciones. Gané un tercio de las más de cuatro mil carreras en las que competí. Empezaron a llamarme "*el miliario*" por haber acumulado más de mil victorias. Nunca calculé las ganancias, para eso están pendientes mis hijos. No sé cuánto tiempo me concederá la diosa Fortuna, sólo deseo poder visitar aquellas tierras del río Salor antes de rendir el alma al barquero. Algunas noches sueño con volver a ver las yeguas abrevando en el valle de las fuentes.

Presente ofrecido a Fortuna Primigenia por Cayo Apuleyo Diocles, hispano.

Realis fundatur super facts*

Diocles (ca. 104-ca. 150) superó a otras leyendas de las carreras como el azul Poncio Epafrodito o el verde Pompeyo Musculoso y acumuló una riqueza fabulosa cercana a los 35 millones de sestericios (al cambio actual más de 15.000 millones de euros), equivalente al suministro anual de cereal a toda la ciudad de Roma o la quinta parte del presupuesto militar imperial durante un año. Sin duda, el deportista mejor pagado de todos los tiempos.

GLOSARIO

- 1 Actual Palestrina, en el Lacio
- 2 Río Tajo
- 3 Lamego, a orillas del Duero
- 4 El puente durará mientras dure el mundo
- 5 Lisboa
- 6 Málaga
- 7 Antigua ciudad romana cerca de Condeixa-a-Nova, distrito de Coímbra
- 8 Río Guadiana
- 9 Mérida
- 10 Cáceres
- 11 Parada oficial en una calzada romana
- 12 El alba, gallicinio, el canto del gallo
- 13 Publicano, funcionario romano
- 14 Montánchez
- 15 Mil passus (pasos dobles), una milla romana equivale a 1.480 metros
- 16 Zaragoza
- 17 Establecimiento junto a una calzada que prestaba servicio a los vehículos y a los animales. Se cambiaban caballos para tomar otros de refresco
- 18 Funcionario imperial a cargo de los caminos
- 19 Prima fax o primae tenebrae: hora de encender las luces
- 20 Los días 13 de cada mes, excepto en marzo, mayo, julio y octubre, en los que eran el día 15.
- 21 Trujillo
- 22 Medellín
- 23 Gobernador de la Provincia
- 24 Sevilla
- 25 Río Guadalquivir
- 26 Alojamiento para viajeros o tiendas donde se servía vino y comida ya lista para servir (el caupo era la persona encargada de una caupona)
- 27 Vino dulce condimentado con miel
- 28 Banquero
- 29 Comerciante de perlas
- 30 Cochinilla
- 31 Tarragona
- 32 Arcilla sellada
- 33 Tinte de color púrpura
- 34 Salsa condimento a base de vísceras de pescado
- 35 Artesanos de mosaicos
- 36 Establecimiento comercial en el que se podía comprar alimentos listos para comer
- 37 Jarras de barro que almacenaban la comida caliente lista para servir
- 38 Córdoba
- 39 Espada corta de origen ibero
- 40 Funeral
- 41 Grúa para grandes pesos movida por personas
- 42 Casa del agua, depósito de distribución
- 43 Impuesto de la antigua Roma, que consistía en el pago de la vigésima parte de una herencia (el Emperador necesitaba el dinero para pagar a los soldados)
- 44 Auriga, conductor de carros
- 45 Gladiador armado con una red y un tridente
- 46 La spina, en un principio, era el canal excavado en todo el perímetro de la arena para proteger a los espectadores durante los espectáculos con animales, el término terminó designando el muro central del circo que dividía la arena en dos partes. Metae eran los postes que marcaban los extremos de la carrera.
- 47 Vuelco
- 48 Iter ab ostio fluminis Anae Meritam usque
- 49 Serie de puertas levantadas en el extremo anguloso de la pista que se abrían con un resorte para dar la salida a los carros
- 50 Paño que soltaba el emperador (o cualquiera que fuese el anfitrión) para marcar el comienzo de la carrera y abrir las puertas al mismo tiempo y favorecer una la carrera más justa
- 51 Facción roja. En la estela que se encontraba en el circo Máximo se indica que también pudo correr para las facciones alba (blanca) y prassina (verde), pero es cuestión de interpretación.

*Basado en hechos reales (salvo tres nombres ficticios, todos los demás fueron personajes, cosas o lugares históricos)